

MUCHACHA CONTEMPLANDO LA LUNA

Le gustaba entrar en aquella habitación. Todo era luz y color, como si el sol de mediodía y el arcoíris hubieran decidido esconderse allí. Olfía a barniz, aceite de linaza y trementina. Había pinceles, pigmentos de plomo, estaño, azurita, malaquita, lapislázuli... -traídos de los puertos de Amberes, Brujas o Venecia-; conchas de ostras y mejillón con polvo molido; soportes y telas esperando encargos; cuadros hechos para su disfrute y que nunca vendían.

De pie o sentada, observaba con asombro e incredulidad como, deslizando suavemente los pinceles, su padre era capaz de recrear la realidad de una manera tan maravillosa como el reflejo fiel de un espejo. Soñaba despierta e imaginaba que era ella quien cogía dulcemente el pincel lleno de pintura y lo llevaba al lienzo. Enseguida el sueño se desvanecía y volvía a la realidad... Se casaría, tendría hijos y cuidaría de todos. Su madre se lo recordaba continuamente: "Eso de pintar es cosa de hombres".

Una noche decidió ser valiente y hacer realidad su sueño. Cuando todos dormían bajó las escaleras, entró a la habitación, encendió una vela, puso un espejo y, contemplando la luna, empezó a pintar. Recordaba cómo su padre procedía. Noche tras noche hizo realidad su sueño. Una vez acabado, y satisfecha por haber llevado a cabo la labor que todos le negaban, lo escondió entre los cuadros de su padre, quizás con la esperanza de que algún día lo encontrara. Con el tiempo se casó, marchó a otra ciudad y tuvo hijos; pero nunca se olvidó de aquella pintura.

Cuando su padre murió, los cuadros de la habitación fueron subastados.

Hoy en día, repartidos en museos, deleitan a aquellos que los miran. Pero el más sublime de todos, como si un ángel lo hubiera pintado, es "Muchacha contemplando la luna".

Dedicado a todas aquellas mujeres, que, sin saberlo, nos legaron su genialidad. A todas aquellas que un día contemplaron la luna.